

Cada escuela, cada ciudad, una universidad

LUIS PORTER

Profesor e investigador del área de Educación para el Diseño en la División de Ciencias y Artes para el Diseño en la UAM-X. Actualmente coordina la red internacional de investigadores Cero-Veinte.

¿Qué universidad nos aguarda en un mundo fluido dominado por la velocidad, la desesperación —pues esperar se ha convertido en una circunstancia intolerable, el desanclaje espaciotemporal, los sistemas difusos, el totalitarismo del instante y la recreación simbiótica de los cuerpos humano/social/artificial—?

Zygmunt Bauman.

Me pregunto entonces: ¿cuál es la universidad que quisiera tener? Mientras tanto la pandemia va imponiendo cambios con una celeridad forzada y un viraje ciego hacia las nuevas tecnologías. En la virtualidad los matices del factor humano desaparecen. Las personas se homologan en las pantallas con rectángulos pre formateados. No hay escorzos, no hay aromas, no hay calor. Pero tengamos fe, no hay mal que dure cien años. Ya vendrán tiempos mejores con una pandemia virtual provocada por un virus cibernético; entonces colapsarán los bancos, los mercados, los estados, colapsará el mundo conocido y volveremos a nacer.

Flavia Goldstein, fragmento de una carta, febrero 3, 2021.

Suele hablarse del porvenir, como si éste fuera uno, lo cual es evidentemente un error. Del porvenir o de los muchos porvenires cuyas simientes —la imagen es de Shakespeare— aguardan en el seno del tiempo nada nuevo es dable prever, salvo que no se parecerán al presente.

Jorge Luis Borges, *La Argentina soñada*.

Cada escuela, cada ciudad, una universidad

Resumen

Las diversas narrativas sobre el impacto de la pandemia en la educación se han concentrado en subrayar con un tono de entusiasta urgencia el inexorable camino hacia un uso más amplio y experto de las TIC. Permanece sin tocar el ancestral modelo que sigue prevaleciendo en la escuela de hoy, como un bastión inamovible del pasado. La catástrofe en salud pública que el mundo se encuentra viviendo ha trastocado en pocos meses el sentido del tiempo y el espacio, obligándonos a marcar una sana distancia con lo que nos rodea, y un vínculo más estrecho con nosotros mismos, en la medida que el escándalo resulta en un llamado a la reflexión. Se pone así a prueba la toma de conciencia de nuestro propio ser como persona, con relación a la ideología dominante de la prevaleciente universidad público-estatal, y la urgencia de someterla a un intenso examen en pos de su transformación.

Palabras clave: estudiantes, hogar, educación superior, comunidad.

Cada escola, cada cidade, uma universidade

Resumo

As diversas narrativas sobre o impacto da pandemia na educação se têm focado em destacar, com um tom de entusiasta urgência, o inexorável caminho dum uso mais grande e experto das TICS. Ainda não se aproximam ao modelo ancestral que permanece nas escolas de hoje, como um bastião do passado que não se move. A catástrofe de saúde pública que o mundo está vivendo afetou, em poucos meses, o sentido do tempo e o espaço, obrigando a marcar uma distância com o mundo de fora e um vínculo mais próximo com nós mesmos, na medida que o barulho resulte num chamado à reflexão. É assim que se prova a conscientização do nosso próprio ser como pessoa, em relação à ideologia que domina a prevalecente universidade público-estatal, e a urgência de submetê-la numa intensa prova para sua transformação.

Palavras-chave: estudantes; casa; Ensino Superior; comunidade.

Every School, every City, a University

Abstract

The diverse narratives about the impact of the pandemic on education have converged at the inexorable path towards a wider and expert use of ICTs, with a tone of enthusiastic emergency. It remains without touching the ancestral model that prevails in today's schools as an immovable bastion of the past. The public health catastrophe that the globe experiences has disrupted the sense of time and space in few months. It makes us to mark a healthy distance with our surroundings and a closer link to ourselves; in this context, the scandal is a call for reflection. Thus, the consciousness of ourselves as people is a test, in relation to the dominant ideology of the public-state university and the urgency of submitting it into an intense examination in pursuit of its transformation.

Keywords: students, home, higher education, community.

El presente artículo se presenta como una reflexión guiada a partir de la experiencia de construcción de la Política de Género de la Universidad El Bosque. Busca mostrar los aprendizajes recibidos en este proceso y, tras el inicio de su implementación, abrir cuestionamientos sobre la responsabilidad de las universidades frente a las violencias de género, más allá de las que suceden entre sus campus.

El inicio

La literatura que ha proliferado sobre el tema muestra su claro desconcierto y recurre a actitudes y argumentos que podríamos calificar de introvertidos e inmóviles. Este artículo responde al discurso centrado en las TIC, dando cuenta de evoluciones posibles y delineando posibilidades que puedan llevar a nuevas manifestaciones en el crítico escenario actual de la educación superior. La universidad público-estatal, ha ido apartándose drásticamente de su sentido original, y hoy se ve sacudida y conminada a sobrevivir bajo las nuevas condiciones cambiantes. Sin embargo, no se encuentra preparada para hacerlo, podríamos afirmar que se muestra desconcertada. Como confirma J. J. Brunner (2014), “la universidad pública de hoy carece de una narrativa, de una explicación de sí misma y de un sentido que acompañe a sus nuevas formas de organización y prácticas de producción, transmisión y gestión de conocimientos”. Como parte de una institución asaltada, aquellos académicos que han estudiado la universidad y la conocen, deben actuar y emprender sin demora acciones que llamen al cambio. Hoy es el momento de repensar y dar nueva forma al mundo en que vivimos, de adaptarnos a la realidad de esta pandemia y las pandemias futuras, de recu-

perarnos y contribuir a la reconstrucción de instituciones educativas que transformen nuestras ciudades y sean totalmente inclusivas y sostenibles.

A partir de abril del 2020 la comunidad universitaria, y en particular los investigadores educativos, comenzaron a sentir una fuerte inquietud al percibir las consecuencias que la pandemia ejercería sobre la educación en general, y la universidad pública en particular. Ante el cierre de las universidades la comunidad académica generó múltiples acciones virtuales (seminarios, encuentros, textos) que se materializaron en una vasta cantidad de publicaciones bajo el tema “*covid-19 y educación futura*”. Si seguimos el derrotero de las semanas epidemiológicas, veremos que la curva de los contagios fue subiendo a partir de la semana 17 de abril, hasta llegar a un pico en la semana 27-28, a finales de julio. Para ese entonces las prórrogas a la suspensión de actividades normales y la ruptura de rutinas era un hecho que buscó paliarse por medio de la atención en línea. El llamado fue urgente y compulsivo, tomando en corto tiempo una significativa preeminencia. De agosto a noviembre un paulatino descenso de los contagios alentó la subjetiva ilusión, poco razonada de que las cosas irían mejorando hasta un supuesto corto tiempo que regresaríamos a lo que se pregonaba como la “*nueva normalidad*”. Este sentimiento, quizás explicable por lo inédito y amenazante de la situación, predominó por encima de los pronósticos científicos que las autoridades promulgaban día tras día, advirtiendo acerca de la lenta, amenazante e incierta evolución de la pandemia. Durante esas semanas, los expertos en el uso de las herramientas electrónicas sintieron que sus vaticinios y expectativas respecto al uso de las TIC (en un medio resistente a usarlas)¹ se estaban cumpliendo. Tomaron así la coyuntura como una oportunidad inmejorable para subrayar el potencial y cualidades de esas herramientas, lo que llevó a una invasión de términos del lenguaje digital: *e-learning*, *e-books*, plataformas de aprendizaje, portales educativos, cursos en línea, moocs, bibliotecas digitales, realidad virtual (RV), realidad aumentada (RA). Bajo esta dinámica, finalizando el año fue apareciendo en las redes de internet una verdadera colección de textos y eventos, sobre la relación covid-19 y educación, cifrando las esperanzas en un uso intensivo de las TIC. Cuando en noviembre la curva dio un brusco cambio por el rebrote de la pandemia que se incrementó con fuerza, estos textos y encuentros virtuales ya estaban accesibles en pantalla. Asomarse a dicho material sorprende tanto por su volumen (desbordado) como por la celeridad con que aparecieron, al punto que investigadores expertos en comunicación como el doctor Guillermo Orozco², sin dejar de reconocer los méritos y la seriedad de dichos análisis, asoció esta rápida y prolífica aparición, como una interesante integración de la comunicación académica con la cultura periodística. Si extrapolamos este periodo de publicaciones con el actual, bajo las incertidumbres que traen los rebrotes y las variantes del virus, anticipamos futuras olas de publicaciones entre las que se encontrará al presente artículo. ¿Qué esperamos leer y que quisiéramos que se lea, ahora que las expectativas de una nueva normalidad se ven postergadas?

La respuesta es el motivo y causa del presente artículo, creemos que se debe escribir sobre un aspecto de este tema que no ha aflorado aún en esta abundante literatura, que es el cuestionamiento y problematización del modelo escolar prevaleciente. Más allá de la falsa dicotomía entre lo

presencial y lo no presencial al que se ha reducido el problema del uso de las TIC, se debe dar curso, noticia y visiones, sobre los futuros posibles y deseables que integren ambos universos para convertirlos en uno solo, y operen con mayor arte, aliento y movimiento. Visiones que inspiren y no que ahoguen. Se requieren intervenciones innovadoras, planteamientos de cómo pensamos que debe transformarse la misión educativa, junto con la forma de llevarla a cabo. En suma, la renovación de la misión pedagógica que enfrente los desafíos y demandas que la situación de pandemia ha hecho evidente, lo cual va muchísimo más lejos que el problema cultural e instrumental del uso de las TIC. Como dice la doctora Diana Sagástegui (2020)³, lo leído hasta ahora nos deja con la idea de que se promueve una “revolución conservadora”. Se habla de cambio, pero se mantienen los formatos que requieren una urgente transformación. Si bien, la tecnología juega desde ya un importante papel en la educación, no es posible dejar de ir hacia el eje central del problema que radica en el estancamiento de un sistema educativo obsoleto que continúa funcionando por inercia rumbo a su paulatina extinción (Barrón Tirado, 2020).

En este sentido, (el actual) es un momento que obliga a repensar el sentido de la institución escolar y del currículo formal, de los contenidos disciplinarios alejados de la realidad, de las prácticas docentes hegemónicas, y de la gestión académico-administrativa atada a reglamentos obsoletos. La escuela como la conocemos (desde educación básica hasta superior) deberá cambiar para asumir los retos que planteará la sociedad que surja de esta contingencia sanitaria, de la inminente crisis económica que posiblemente modifique los procesos productivos de nuestra fábrica global y de la experiencia adquirida de manera forzada en torno al uso de las TIC en educación.

Parafraseando a Antonio Guterrez⁴ (2020) diremos que el sistema educativo como conjunto espacial urbano/rural es, en su momento actual, parte de la zona cero de la pandemia de la covid-19. El sistema escolar juega un papel importante en la dinámica urbana, las instalaciones educativas son centros de comunidad, innovación humana e ingenio. Hoy debemos de utilizar ese ingenio para reajustar la forma en que vivimos y nos educamos, relacionamos y reconstruimos nuestra interacción social y por ende, nuestro hábitat, nuestras ciudades. Es el momento de repensar y dar nueva forma al mundo urbano, del que la educación es factor constituyente. En suma, las nuevas políticas públicas educativas deberán ser espacios de construcción de sentido que no pueden reducirse a estrategias tecnológicas planificadas.



El fin

Alguna vez la utopía en educación fue “enseñar todo a todos” (Comenio) hoy la utopía es: “cada casa una escuela, cada ciudad, una universidad” (Pandemia). Al hablar de la institución universidad no nos referimos a la abstracción que concibe a las instituciones como edificios que manifiestan una idea o espíritu objetivo. No es la institución sino las fuerzas que operan dentro de ellas mismas y desde la sociedad civil y los mercados, las que producen cambios. Es a sus habitantes a los que nos dirigimos, buscando escapar del peligro de caer en narraciones de la voluntad o el deseo.

Imaginamos como ejemplo, no como modelo a seguir, una educación superior que ya no se organiza por carreras o programas curriculares, facultades, departamentos, áreas, etcétera, sino que se organiza alrededor de proyectos sociales que un grupo de docentes y alumnos se ocuparán de atender durante el tiempo que se requiera, que será a su vez, tiempo de aprendizaje. Para ello la universidad clausura y abandona el concepto de “campus” y se distribuye por el territorio en estratégicos puntos de encuentro equipados, seguros frente a cualquier emergencia, accesibles y flexibles, para que la educación ocurra en la resolución de proyectos definidos socialmente, cuya problemática da paso a formas educativas basadas en el “aprender haciendo”. Cuestionamos y desnaturalizamos lo instituido para dejar que surjan nuevas formas de conciencia, (conciencia de nuestro *yo*) cuyas respuestas nos lleven hacia una educación que incorpora como símbolo, “la sana distancia” expresada en una nueva concepción de arquitectura, tanto en el espacio rural como en el urbano. Nos encontramos en un momento histórico que deberá asumir la necesaria masificación de la matrícula, en todos los niveles educativos, al no discriminar ni rechazar a nadie, visualizamos la universidad masificada como una instancia que evita la “aglomeración” como parte de los nuevos protocolos de salud pública. Educación masificada y al mismo tiempo individualizada, cuya cuantitativa concentración requiere una cualitativa distribución de los establecimientos escolares en múltiples unidades domiciliarias y un vasto conjunto de reducidos puntos de encuentro al que convergen equipos de trabajo en función de los alcances y el radio de acción del proyecto. En este panorama, el salón de clases vertical desaparece, para dar lugar a

un espacio que puede asumir múltiples formas, en su horizontalidad, cuya atmósfera y carácter será el que corresponde a un taller⁵.

Al abandonarse el concepto de “campus” (terreno plano) la universidad sale a la calle, se ubica al aire libre y convierte la trama urbana y el territorio circundante, en un “hortus” (huerto, jardín u hortaliza). Es en ese instante cuando se revelan y manifiestan aquellas maneras de educarse y formarse que siempre existieron pero nunca se llegaron a establecer cabalmente (Ivan Illich, Paulo Freire, Krishnamurti⁶, Simón Rodríguez, Jesualdo, José María Firpo, Luis Iglesias, etcétera). Sobre esa infraestructura se estaría en condiciones de incluir y aprovechar los avances en la ciencia y en la tecnología, las TIC al servicio de estos métodos, sin pretender sustituir el calor humano, reconociendo en ellos aquellas viejas miradas que abarcaban el barrio, la comunidad, las culturas, las creencias, los valores y las prácticas.

Para superar nuestras limitaciones recurrimos a las palabras del físico y neuropsicólogo David Böhm como ejemplo que ilustra lo hasta aquí dicho. Dice Böhm, que el acto de conocer ocurre como una unidad sin separaciones artificiales entre lo físico, lo biológico y lo social. Mientras que la universidad y su sistema educativo tradicional fragmentaron y especializaron, bajo la sombra de un concepto de ciencia que hizo a un lado las capacidades que utilizan la intuición como parte de la inteligencia humana, la nueva universidad y sus formas emergentes de conocer y de aprender abandonarán los conceptos de “carreras” o “disciplinas” para sustituirlos por “proyectos” y “campos de problemas” atendidos por “grupos de trabajo” que se abocan a atender situaciones complejas, dando lugar a una organización posdisciplinaria del conocimiento que se ejerce transgrediendo, primero, y haciendo a un lado, más adelante y en definitiva, las reglas de la “buena ciencia” disciplinaria. Se trata, pues, de un conocimiento indisciplinado a la búsqueda de sus propias reglas para acercarse a la comprensión de la complejidad. Como consecuencia el espacio y el tiempo cambian radicalmente al tomar lugar nuevas prácticas pedagógicas interdimensionales. Lo presencial en esta visión, puede ser virtual o físico, multidimensional, así como real-virtual. Cambia su genética, transforma su DNA, se reconstruye y se manifiesta como conjuntos o constelaciones rurales y urbanas esencialmente cualitativos, fluidos y dinámicos, donde cada estrella es un punto de encuentro (Böhm, 1988).

Cada hogar, cada núcleo familiar, que conforma y forma parte del barrio, cada hogar, se puede rehacer y establecer como un espacio/unidad para el trabajo social, comunitario. Si se pone el foco espacial en la unidad/casa, lo externo se diluye, lo de arriba se desvanece, la nueva universidad se disemina socialmente, como un ente autónomo (que no heterónimo⁷), “el orden no le es arrebatado —impuesto— por alguien desde el exterior, sino por sus propios miembros en virtud de su cualidad, cualquiera que sea la forma que tenga” (Weber, 1983). La educación, estructurada en torno a proyectos sociales que son a su vez proyectos pedagógicos, tiene como última y principal meta la emancipación de cualquier joven que se forma, y el fortalecimiento de su identidad a partir de la introspección hacia su pasado. Los proyectos surgen de problematizaciones nacidas de ideas abiertas y flexibles que se conocen, tratan, discuten y responden en talleres, como espacios de confluencia presencial y virtual, reales cuyos coordinadores

propician el acceso, el encuentro y el trabajo conjunto. El tiempo deja de ser estático (no hay cronosistemas) la jornada es otra, como lo son su estructura y duración. Se transforma radicalmente el uso del espacio, dando lugar a nuevos conceptos donde la idea de universidad toma la forma de “conjuntos o redes de arquitectura escolar” (Castro y Faraci, 2020).

El escenario, ¿utopía o poesía?

Metodológicamente, el investigador educativo logra esporádicamente hacer a un lado su inclinación hacia las estadísticas y las proyecciones (por medio de las que busca “ver” o imaginar el futuro), recurriendo a la utopía. El discurso utópico nos ha servido para hacer a un lado los prejuicios que impiden ver el futuro con una perspectiva de mayor libertad. Prejuicios que han sido reforzados por la ausencia de afectos tan extendida en el *campus* universitario, y la imposibilidad de tomar en serio documentos como los planes de desarrollo institucional, o los postulados oficiales bajo títulos que llevan conceptos como “visión-misión”, o “fortalezas-debilidades” por tratarse de discursos eminentemente formales, vacíos y burocráticos. La escuela tradicional en la que nos educamos, y que hoy se encuentra conminada a cambiar, es consecuencia de aquellas visiones utópicas que esgrimieron como posibles la igualdad, la universalidad y más. Conducta del que sueña y al soñar reconoce su sueño como tal, sin renunciar a hacerlo posible, al contrario, viviendo su sueño como algo realizable. En tiempos de crisis en la salud pública es terapéutico canalizar las emociones para utilizar la razón en forma tal que nos lleve al tono literario que se aleja tanto del ensueño irrealizable como del ensayo docto y distante (Ibarra 2012).

Coincidiendo con la profesora Liliana Weimberg (2010) invitamos al lector a sentarnos a la mesa del café a dialogar desde la amistad, evitando los ánimos nostálgicos o las añoranzas de un futuro imposible. La pandemia, con la fuerza propia que posee la amenaza de muerte, al afectar el orden establecido, (que llamamos “lo normal”, aunque cada vez con mayor ironía), ha abierto un obligado espacio a la reflexión, que ofrece una inmensa potencialidad para concebir presentes y futuros sin más limitaciones que la que nos impone la imaginación. El confinamiento deja tiempo abierto para poder pensar en lo que sea, por más arbitrario o imposible que parezca: el respeto mutuo, la justicia, la armonía estética en el mundo natural, la dignidad humana, la libertad, etcétera.

La pandemia también ayuda a que añoremos lo que no conocíamos. Nos invita a dejar de apreciar un vivir utópico frente a una realidad mortal. Ayuda a dejar de parecer lo que no somos, a reconocer la continua mentira de pretender lo que no se es, y a entender que honestidad y sinceridad no forman parte de un imposible. En suma, la pandemia nos ayuda a medir la libertad que se vive cuando coincidimos en propósitos, cuando reconocemos el simple placer de la convivencia. Fuera de la universidad, lejos de la oficina, en casa, con la familia y la computadora dejamos de vivir la cultura organizada por jerarquías y sometimientos, dejamos de tener nostalgia por lo que no vivimos como seres biológicos culturales. Como dice Maturana (2003) “en lo que de hecho somos en el fundamento de lo humano y, por lo tanto, lo utópico no es en sí utópico”. No es lo mejor vivir de esperanzas

y utopías frente a la posibilidad de vivir en la dignidad que se constituye en el respeto por nosotros mismos y por el otro como el fundamento de nuestro modo natural de ser cotidiano. Conocemos, no desde nuestro intelecto que mira al pasado como un relato o al futuro como una imposibilidad, si no que conocemos desde nuestro emocionar que tiene a la historia como corporalidad en el presente. Lo humano no surge desde la lucha, la competencia, el abuso o la agresión, sino desde la convivencia, la cooperación, el compartir y la sensualidad, bajo la emoción fundamental del amor (Maturana y Nisis, 2002). Por tanto, el futuro que aquí dibujamos no es utopía, profecía o predicción, sino un intento de ayudar a erigirlo a partir de nuestra propia cultura y momento histórico para que conjuntamente construyamos espirales que muestren la posibilidad de múltiples nuevas maneras universitarias, no solo la que aquí como muestra o invitación se plantea. Se trata de traspasar los espejos para aventurarnos en las circularidades que, como inquietos remolinos, intentan llegar al fondo de la pregunta que hoy nos ocupa: ¿Qué universidad queremos?

El proyecto y el taller

La nueva educación desprendida de la oferta por carreras y profesiones, podríamos calificarla como desregularizada. No depende de un centro académico o económico, político o social, su mandato es horizontal al organizarse alrededor de proyectos cíclicos (o reciclables) múltiples y flexibles que surgen del entorno y del contexto. La realidad circundante plantea problemáticas que grupos, colectivos, las mismas autoridades del gobierno, llevan a la universidad para que sean atendidas, como hacían los juristas, artistas o los glosadores en aquella Bolonia original. No por ello se desconocen los campos y especialidades propias de las vocaciones y los múltiples campos y matices del conocimiento. Pero siendo el conocimiento inabarcable, asumiendo que siempre será muy poco lo que lleguemos a saber y reconociendo al mismo tiempo que todo el saber puede conjuntarse en un punto, un teorema, un poema, el escalón 19 de una escalera, que representa el microcosmos de alquimistas y cabalistas, ese mucho que se muestra en poco, cualquier puerta de entrada de las infinitas que existen, será válida y la correcta. Una vez que se decidió entrar, los caminos se bifur-



can y se vuelven a encontrar en multitud de cruces y sobreposiciones. La ciencia de estudio es la pasión que plantea lo impredecible que nos sorprendió con la pandemia. Formar parte de la Universidad que responde a necesidades y preocupaciones de la gente significa ingresar a un tipo de orden diverso que ya no es compatible con la secuencia de materias, cursos y lecturas predefinidas, sino que gira alrededor de ejes y objetos dinámicos y cambiantes, cuya transformación da base a su propia formación o actualización continua. La formación así concebida ocurre en el transcurso del trabajo. El proyecto recurre a una planta académica formada por expertos o estudiosos de temas y problemáticas cuyos contenidos involucran los campos del conocimiento necesarios: literatura, filosofía, ingeniería, derecho, artes, etc. Hay ejes o pilares que son referentes permanentes: equidad, resiliencia, inclusividad, género, sustentabilidad. La universidad despliega múltiples puntos de encuentro donde se sigue un proceso a lo largo de la resolución de la problemática que alcanza para la preparación que sus integrantes necesitan, con la profundidad y en los plazos que sean necesarios, considerando que trabajo y educación ya están integrados. Los estudiantes contribuyen a la realización de los proyectos generados en su núcleo social, dispuestos a resolver y a aprender mientras resuelven. Ellos, junto con los de mayor experiencia que sirven de ejecutivos articuladores, deciden qué espacios desean ocupar y transitar; su presencia y permanencia está determinada por sus pares, aquellos con los que se encuentran y trabajan conjuntamente. No existen filtros restrictivos, no son admitidos con pruebas, la evaluación se aleja del concepto de “examen” para dar lugar a la autoevaluación en el contexto de procesos y resultados discutidos y analizados frente a pares. Su participación, en función de las etapas y los ritmos que marca el proyecto, es la que confirma su pertenencia al grupo, o permite su baja o cambio hacia otro proyecto. Al trabajar en proyectos sociales, en empresas de conocimiento/creación/práctica, los estudiantes se ven en la situación de enfrentar y entender la naturaleza intrínsecamente problemática de lo que viven y experimentan, asomándose por infinitas ventanas a ese mundo complejo con el que está inter-actuando para formarse, para profundizar en aquello que reconocen como su vocación.

El taller es el sitio que da cabida a las emociones y los afectos de sus participantes. El taller astillero se parece a una imprenta, no es un sitio de silencio, sino de ruidos, las conversaciones se dan entre maquinaria y herramientas funcionando en acción. El taller es el sitio donde la palabra es una pero también es metáfora poética que evoca un tipo de actividad en donde la técnica y la razón no se separan de la inspiración y la sensibilidad artesanal e industrial, donde el trabajo manual y el intelectual se equiparan en la creatividad. En el taller nace el afecto generado por horas de convivencia en el trabajo, donde las fibras sensibles se encienden y uno termina queriendo lo que conoce.

El conjunto escolar o la urbaversidad

Como resultado de las nuevas dinámicas instituidas durante la pandemia, cada hogar ha tenido que adaptar un espacio para la educación. El confinamiento ha obligado a un nuevo uso del espacio hogareño⁸. Estos modos de organizar la enseñanza, son significativos. Se expresan con respuestas en el orden que transmiten cultura mediante semánticas, metáforas y signos. No son las TIC lo que identifica a esta nueva forma de usar el espacio, sino las nuevas reglas de juego de la arquitectura integrada por la red

de espacios o puntos de encuentro variables que adaptan, edifican, montan y desmontan los integrantes de cada equipo. La casa/escuela se complementa con el punto de reunión o taller cercano que da oportunidad a lo presencial y a disponer de tecnología con herramientas que son parte de la infraestructura universitaria.

En esta visión se inaugura el espacio escolar post pandemia, como conjuntos descentrados que representan discursos que infunden valores y símbolos, donde la seguridad y la salud prevalece, por medio de la higiene medida en metros cúbicos: luz, aire, vistas, desplazamientos, trayectorias, vacíos, límites, fronteras, patios, umbrales, articulaciones con el entorno, dentro y fuera, constituyendo una nueva semántica simbólica de diseño hacedora de cultura. En este esquema los talleres equipados con las TIC, conforman lo que se conoce como una ciberciudad, vista en el caso CDMX como una inmensa jungla dispersa y sin centro llena de flujos asíncronos. Un ámbito lleno de conexiones y coexistencia sin jerarquía y sin centro que llamamos “urbaversidad”, como parte de la “cosmoversidad”, pues mucho de lo que producimos como conocimiento o de lo que leemos y estudiamos, ya se encuentra ubicado en ese inmenso cielo que acordamos entender como la nube.

De esta manera los proyectos se desarrollan como investigaciones, reflexiones, acciones y prácticas complementadas por todo aquello que involucre tanto la mente como el cuerpo con sus emociones y sus necesidades. El tiempo fluye y se expande, junto a los avances del conocimiento y del pensamiento. El eje central, el indicador más elocuente que hace a la universidad es la comunicación, la conversación desde la amistad, los “lenguajes” (en el idioma de H. Maturana). Lo que construye saber es el intercambio horizontal de puntos de vista, el encuentro en el taller, los acuerdos, las diferencias, los puntos en común, sumas, restas, rupturas, fusiones. La arquitectura deja de ser un objeto físico y se convierte en un conjunto que da soporte físico-espacial para las necesidades académicas, como entorno social y cultural, expresión de lo público, “tanto en la representación simbólica y social de lo escolar como en la construcción de pertenencia de sus protagonistas”, como cita Castro/Faraci (2020) en su lúcido artículo donde nos presenta a la arquitecta Teresa Chiurazzi (2007), quien sostiene que la tarea de la arquitectura es generar, proyectar, poner a disposición estrategias dúctiles y espacios neutros, que permitan reinterpretar y adaptar una nueva posibilidad de relación entre pedagogía y arquitectura.

La dimensión americana

La oportunidad de incluir en los procesos de escolarización a los sectores históricamente excluidos, incorpora otro factor de importancia a este panorama, que se expresa como el resto de los lenguajes. El conjunto escolar es un anillo que, al invitarnos a abandonar el concepto “campus” y transitar hacia el de “hortus”, nos lleva a imaginar un recorrido que transita del ámbito urbano, (calles y espacios recuperados y transformados de la ciudad) hacia el campo, (pueblos y comunidades cercanos a los territorios inexplorados). La universidad que estamos delineando es la universidad de nuestra América, y en ese sentido quiere rehacer su identidad como el lugar donde se incluya la presencia de los diversos sujetos excluidos. La diversidad cultural y lingüística se identifica como prioridad en busca de valorizar y promover la diversidad lingüística como base de la unicidad de la comunicación humana. Imaginamos una educación basada en la lengua materna, que respeta el acceso del estudiante a su propia lengua, que



Bajo el sol.

puede utilizar y defender, implementando asociaciones multilaterales en el ámbito de la diversidad cultural y lingüística. A la violencia epistémica ejercida en contra de los indios, las mujeres, los niños, los pobres, los no occidentales, la urba-universidad o ciudad universitaria contraponen la inclusión desde la auto-reflexión. Al etnocidio impuesto a través de la negación de la subjetividad de los otros, se opone el reconocimiento en la construcción de condiciones para diálogos igualitarios. Así se convierte en el lugar de la exploración imaginativa de nuevos modos y estilos de capacidad y voluntad humanas en aras de relaciones sociales portadoras de significados colectivos (Pacheco 2007). Para la universidad latinoamericana la transgresión es una necesidad.

Es así como en la “urbaversidad” se concentran una multitud de voces, entonaciones, acentos, orígenes, etnias, migrantes, donde muchas veces los sonidos de las palabras, como cuando escuchamos hablar Tepehuano o Tzeltal, parecen conjuros mágicos. Como telón de fondo llegan los sonidos propios de la naturaleza, cuya presencia tiene la forma de bosques, flores, pájaros, insectos, flora y fauna interactuando constantemente con lo construido, agregando sus propios ritmos y tonos que podemos sentir y escuchar, aunque no siempre podamos ver.

Es así como en esta ciudad universitaria uno está cerca de la naturaleza y la naturaleza está poblada por sus habitantes que no tienen edad o tienen todas las edades: ciclistas, jóvenes parejas, ávidos lectores de periódicos, amantes del sol, bebedores de café sentados en las mesas de la amistad que invaden las aceras, maduros lectores, viejos jubilados escribiendo sus memorias o

sentados frente al tablero de ajedrez, todos ellos con la actitud curiosa del aprendiz propia de los que inmigran a la educación. Así es esta ciudad universitaria, un sitio (en realidad muchos sitios, o incluso un sitio de sitios) donde es posible comenzar de nuevo, reeducarse, ampliar el vocabulario con nuevas palabras, y no dejar de concebir todas las formas posibles de reinventarnos a nosotros mismos.

Humanizar la experiencia virtual o “tallerear la vida”

La experiencia virtual es válida y efectiva cuando a pesar de la distancia y la frialdad aparente del instrumento, hay algo que nos conmueve. El doctor Guillermo Orozco señala cómo la ruptura de la presencialidad quita espacio a la posibilidad de que los estudiantes tengan la alegría de correr, de tocarse, de convivir al aire libre, en otra palabra de vivir en el afecto. Aún en los más técnicos reportes de la situación actual se alude a la necesidad de poner atención a la dimensión sensible y humana que no debe disminuir o perderse. Imaginemos a cualquier estudiante, que en un rincón de su casa adapta su pantalla de comunicación, lo virtual lleva a otra manera de estar juntos, no en la proximidad física del taller sino al concepto de red de especialización múltiple que también rompe con la idea de un espacio compartimentalizado. La computadora, el dispositivo móvil, y otros, implican una ventana a su encierro, que rompe con la identidad de torre de marfil que la universidad fue adquiriendo. Así, se tallerizan los espacios y la pantalla-hogar, apoyada en el “punto de encuentro físico-presencial” permite al conocimiento esparcirse como oxígeno, trasminando en su interacción la capilaridad social. La convivencia en el taller, más los estímulos propios del proyecto que se está llevando a cabo, hace que casa y taller se complementen y hagan posible un encuentro virtual que es presencial y no presencial a la vez. La dimensión virtual asume múltiples formas, es diversa, y es la diversidad el indicador que nos dice que vamos bien. Una diversidad cambiante siempre en proceso. Se huye de la uniformidad porque se la considera un defecto. En el nuevo espacio escolar, casero y popular, ubicado en el barrio, la informalidad provoca que surjan con mayor fluidez, los tres atributos de toda mente creativa: las emociones, la sensibilidad y la imaginación.

La pandemia no es otra cosa que amenaza de muerte frente a la que la idiosincracia del mexicano tiende a provocar, confrontar y burlarse. Se abren sus emociones y la disciplina que impone el encuentro en *Zoom* logra atributos que promueven su humanización. El trabajo en la nueva educación se logra por medio de ejercicios vitales, lo que el poeta Ricardo Yáñez (1992) llama “tallerear la vida” o describe como “ese dejarse-estar” que equivale o precede a la capacidad de “dejarse-ir”. El sitio donde las cosas por fin ocurren y se dan, sorprendiéndonos con lo inesperado. Pedagógicamente es el momento crucial y significativo en el que el estudiante joven, de primer ingreso, (no importa su edad) comprueba que posee una mente inteligente. Es la pedagogía del “me cayó el veinte” o el “me late” que puede ocurrir tanto en la mente como en el corazón, (usualmente su sorpresividad lo lleva a que ocurra en ambos). La razón complementada por la sensibilidad, puesto que sin afecto nada de esto ocurre. La conciencia de

ese “estar-ahí”, en el taller, proviene del sentimiento de afecto que sentimos hacia esos otros que nos acompañan en nuestra tarea.

Los grupos creativos comunicados desde los afectos se expresan de muchas formas. La afectividad que surge en el ámbito del proyecto ocurre en la conciencia de ese “estar-ahí”, básico para la determinación del ser, es decir, del estar presente como tal; en ese “dejarse estar” propio de la dinámica del taller, lo que se pone en juego es justamente la afectividad. Es curioso, pero no es solo la inteligencia por medio de la palabra lo que nos une o califica como seres humanos, sino también nuestra capacidad de afecto que surge y se expresa tanto en la palabra como en el silencio. También surge la conciencia de pertenecer a una cultura, como terreno de exploración sobre nuestra propia identidad, que implica reconocer nuestra propia voz que llega desde nuestro pasado, lo que nos ayuda a reafirmarnos en nosotros mismos.

El intento de imaginar un nuevo orden con nuevas reglas de juego no puede ocurrir sin revolucionar o desaparecer los esquemas mentales y organizativos que hoy prevalecen en nuestras viejas concepciones y en nuestra anquilosada universidad. Se trata de un juego nuevo, con otras reglas, con un tablero distinto y con jugadores que se mueven y diseñan sus estrategias bajo los códigos de la complejidad del aprendizaje colectivo, basado en el diálogo sobre situaciones problemáticas y sus posibles vías de solución, desde los nuevos talleres de la universidad situada en el buen lugar, es decir en ningún lugar, porque está en todos: en cada casa y en cada universidad.

Notas

1. La edad promedio de la planta de profesores/investigadores de las IES supera los 60 años. Es una comunidad en el mejor de los casos de inmigrantes al lenguaje digital, lo cual ahonda aún más la brecha generacional. Agreguemos que las condiciones de retiro son tan malas que son contados los profesores/as que se jubilan. Al no existir retiro compulsivo es común encontrarnos con octogenarios frente al pizarrón.
2. En la presentación por Zoom, del Núm. 22 de la revista Diálogos sobre educación, Facebook. <https://www.facebook.com/watch/live/?v=1100614743735295&ref=search> Universidad de Guadalajara.
3. En la misma presentación Zoom del Núm. 22 de la Revista Diálogos sobre educación Es una publicación que se edita en el Departamento de Estudios en Educación de la Universidad de Guadalajara, en México.
4. Guterres A. Es el Secretario General de las Naciones Unidas.
5. La palabra taller tiene su origen en la carpintería. Proviene de tallar, tiene que ver con la palabra astilla, posee la misma raíz que astillero, o *atelier*. Es una metáfora muy apropiada para la educación, porque refiere a una formación que puede verse como una decantación por sustracción, quitando, o cincelandando, o por “adición”, agregando como hacen los alfareros.
6. En México el “sistema modular” implantado en la UAMX propuso en su origen (1974/75) la unidad orgánica de investigación y enseñanza, al nivel del pregrado; con una idea de universidad centrada en la Wissenschaft (investigación sistemática), distinta de la Kulturstaat (Estado-de-cultura) buscando alejarse del conocimiento con fines mercantiles (Villarreal Ramón).
7. Sometido a un poder externo.
8. En un estudio realizado en CYAD-UAMX, (División de Diseño) previo a la pandemia, se visitaron casas de estudiantes de primer ingreso, en las delegaciones periféricas, marginadas, de las que proviene la mayoría de los estudiantes en esta unidad. Se pudo constatar que aun en condiciones muy precarias, el estudiante organiza su espacio de trabajo y hace un uso efectivo del mismo así como del mobiliario de que dispone. En cada hogar hay un potencial espacio para el estudio que el joven utiliza, compartiéndolo con otros miembros con quienes convive.

Referencias

- Barrón Tirado, María Concepción, (2020) “La educación en línea. Transiciones y disrupciones” En H. Casanova Cardiel (Coord.), Educación y pandemia: una visión académica (p. 66). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE).
- Böhm, David, La totalidad y el orden implicado. Editorial Kairós SA; 1a. edición (1 Mayo 1988) <https://www.revistasinrecreo.com/wp-content/uploads/2015/11/Bohm-David-La-Totalidad-y-El-Orden-Implicado.pdf>
- Brunner, José Joaquín (2014). La idea de la Universidad pública en América Latina: Narraciones en escenarios divergentes. Educación XII 17 (2), 17-34.
- Castro, A. M., & Faraci, M. (2020). Espacialidad y procesos de escolarización. Repensar la coexistencia de la multiplicidad, la habitabilidad y la igualdad. *AyP Continuidad*, 7(13). <https://doi.org/10.35305/23626097v7i13.281> Núm 171 (enero-marzo) Revista Perfiles Educativos (UNAM) Página web de la revista: <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2021.171>
- Chirazzi, Teresa (2007), (citada por Castro/Faraci) en “Espacialidad y procesos de escolarización” arriba citado. De “Arquitectura para la educación. Educación para la arquitectura”, en Ricardo Baquero, Gabriela Diker y Graciela Frigerio (comps.) Las formas de lo escolar, Buenos Aires, Del Estante, pp. 45-58.
- Guterres A. (2020). *Naciones Unidas, Impacto Académico covid-19 y educación superior: educación y ciencia como vacuna contra la pandemia.*
- Ibarra Colado, E., Porter, L., Alvarez L., Cazés, D., Glazman R., Guillaumin A., Ortiz, J., Pacheco, L. - (2012) “El libro de la universidad imaginada. Hacia una universidad situada entre el buen lugar y ningún lugar” Juan Pablos/Uam-Cuajimalpa, Editores.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C. (2007), “La universidad de la incompletud”, en D. Cazés, A. Didriksson, J. Gandarilla, E. Ibarra Colado y L. Porter (eds.), *Disputas por la universidad: cuestiones críticas para confrontar su futuro*, México, CEIICHUNAM, pp. 461-479.
- Maldonado, Carlos E. (2019) Turbulencias y otras complejidades Editorial de la Universidad del Bosque, Colombia (Tomo 1 Cap. *Caminando por las fronteras de la Ciencia: no se puede disciplinar la investigación*).
- Maturana, Humberto y Varela Francisco (2003), “Reflexiones: utopía y ciencia ficción”, en H. Maturana (ed.), El sentido de lo humano, Santiago de Chile, J. C. Sáez Editor, pp. 91-98.
- Maturana H y Sima Nisis (2002), Formación humana y capacitación, Santiago de Chile, Dolmen.
- Weber, Max (1983), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weimberg Liliana, (2010) Feria del libro de Nuevo León 2010, entrevista, *You Tube*.
- Yañez, Ricardo (1992), *Notas para despedirse de un taller*, en La Tarea, Revista de educación y Cultura, Núm. 1, Sección 47 del SNTE, Guadalajara, Jalisco.